

nos muchos de ellos, no se tuvieron por vencidos segun lo que despues demostraron. No se pudo saber cuantos fueron los muertos, pues ni los indios tuvieron cuenta, ni los nuestros lo indagaron. El otro dia por la mañana salò Cortés á talar el campo como la otra vez, dejando la mitad de los suyos á guardar el campamento, y por no ser sentido antes que hiciese el daño, partió antes del dia, quemò mas de diez pueblos, y saqueò uno de tres mil casas en el cual habia poca gente de pelea. Como estaba allí junta todavia pelearon los que dentro estaban, y mató muchos de ellos, le puso fuego, y se tornò á su fuerte sin mucho daño y con mucha prisa á medio dia, cuando ya los enemigos cargaban á mas andar para despojarle y dar en el Real, los cuales luego vinieron como el dia antes trayendo comida y braveando; pero aunque combatieron el Real y pelearon cinco horas, no pudieron matar español ninguno muriendo de los suyos infinitos, que como estaban apretados hacia riza en ellos la artilleria: quedó por ellos el pelear y por los españoles la victoria: pensaban que eran encantados, pues no les ofendian sus flechas. Luego al otro dia enviaron aquellos señores y capitanes tres suertes de cosas por presente á Cortés, y los que las trajeron le dijeron: señor veis aqui cinco esclavos, si sois dios bravo que comeis carne y sangre, comeos estos, y traeremos mas; si sois dios bueno, hé aquí iacienco y plumas; si sois hombre, tomad aves, pan y cerezas. (28) Cortés les dijo como él y sus compañeros eran hombres mortales, ni mas ni menos que ellos, y que pues siempre les decia verdad, que por qué trataban con él mentira y lisonjas, y que deseaba ser su amigo, que no fuesen locos ni porfiados en pelear, que recibirian siempre un gran daño: que ya veian cuantos mataban de ellos sin morir ninguno de los españoles, con esto los despidió; mas no por eso dejaron de venir luego mas de treinta mil de ellos á tentar las corazas á los nuestros á su propio Real como los dias antes; pero tornáronse descalabrados como siempre. Es aquí de saber, que aunque llegaron el primer dia todos los de aquel gran ejército á combatir el cuartel, y á pelear juntos, que los otros siguientes no llegaron asi, sino cada trozo por sí para repartir mejor el trabajo y mal por todos, y porque no se embarazasen unos con otros con la multitud; pues no habian de pelear sino con pocos y en lugar pequeño, y aunque por esto eran mas recios los combates y batallas que cada apellido de aquellos pugnaba por hacerlo mas valientemente, para ganar mas honra si matasen ó prendiesen algun español, porque les parecia que todo su mal y vergüenza recompensaba la muerte ó prision de algun castellano solo; tambien es de considerar los convites y peleas, porque no solo estos dias hasta aqui, pero ordinariamente todos los quince ó mas dias que estuvieron allí los

[28] *O capulines.*

españoles, ya peleasen ó no, les llevaban unas tortillas de pan y gallipabos y cerezas; pero no lo hacian por darles de comer, sino por saber que daño habian ellos hecho, y que ánimo tenían los nuestros ó que miedo: esto no entendian los españoles, y siempre decian que los de Tlaxcálan cuyos ellos eran, no peleaban sino ciertos bellacos otomies que andaban por allí desmandados, que no reconocian superior por ser de unas behétrías que estaban detras de las sierras, y eran libres y seranos, gente valiente como los arábes en Africa que pelean desnudos con arco y flechas, y asi son propios chichimecas naturales, y viven entre peñas y montañas, que en poblado nunca viven, y asi los amigos nos señalaron su vivienda con el dedo. (29)

CAPITULO 46.

Como Cortés mandó cortar las manos á cincuenta espías.

Al siguiente dia tras los presentes como á dioses, (que fué el 6 de septiembre) vinieron al Real hasta cincuenta indios de los de Tlaxcálan, honrados segun su manera, y dieron á Cortés mucho pan, cerezas, gallipabos que traian de comida ordi-

[29] *Para la inteligencia de este capitulo es menester tener presente lo que ha escrito el padre Clavijero. La escaramuza en que perdieron los españoles dos caballos hecha el 31 de septiembre de 1519, les hizo concebir temor, el cual se les aumentó el 5 de septiembre en el punto de Teóatzinco, ó sea lugar de la agua divina (otros llaman Teóacatzinco). Fortificados allí los castellanos, el general Xicohtēcatl con dos mil hombres los asaltó en sus trincheras: allí pudieron ser facilmente destruidos los de Cortés; pero cuando ya se declaraba la victoria por los tlaxcaltecas sobrevino una ocurrencia inesperada que les arrancó el triunfo de las manos. El hijo de Chichimecatl Tecuhtli, que comandaba las tropas de su padre, habia sido injuriado por Xicohtēcatl, desafióle, y no quiso aceptar el reto, mas por un efecto de venganza retiró en la mejor sazon las que mandaba, é indujo á que hiciesen lo mismo á las de Tlehuexólotzin que mandaba las de Huexotzinco. Con retirada tan inoportuna se rehicieron los españoles, é hicieron una salida en órden, empeñándose de nuevo otra accion que duró cuatro horas, en la que murieron muchos tlaxcaltecas, cuyos cadáveres no vieron los españoles porque cuidaron de retirarlos; fueron heridos todos los caballos y sesenta españoles. Estas pérdidas las ocultó Cortés á Carlos V. en su relacion, y lo invulnerable de los españoles lo atribuye el señor Lorenzana á milagroso, comparándolos con los ilustres Macabéos aunque é toto cælo disten unos bandidos de unos hombres que defendian su patria, y su religion. Para los españoles todos son milagros, ó duendes y maleficios.*

naria, y preguntáronle cómo estaban los españoles y que querían hacer, y si habían menester alguna cosa, y tras esto anduviéronse por el real mirando los vestidos y armas de España, los caballos y artillería, y hacían de los bravos y maravillados, aunque á la verdad también se maravillaban de veras; pero todo su motivo era andar espiando. Entonces llegó á Cortés aquel capitán tan amigo que se decía *Théuc* de Zempóalan, hombre sagaz, experto y criado de niño en la guerra, y díjole que no le parecían bien aquellos tlaxcaltecas, porque miraban mucho las entradas y salidas, lo flaco y fuerte del Real, por eso que supiese si eran espías aquellos bellacos. Cortés le agradeció el buen aviso, y se maravilló como él ni español alguno no habían dado de aquello aviso en tantos días que entraban y salían indios de los enemigos en su Real con comida, y había caído en aquello aquel zempoalés; y no fué por ser aquel indio mas agudo y discreto y sábio que los españoles, sino porque vió y oyó á los otros como andaban y hablaban con los de Iztacmixtlitán para sacar de ellos por puntitos lo que querían saber. Así que conoció Cortés que no venían por hacerle bien sino á espiar, luego mandó tomar al que mas á mano y apartado estaba de la compañía, y meterle secretamente donde no lo viesén, y así lo examinó con Marina y Aguilar, y luego confesó como era espion, que venía á ver y notar los pasos y cabos por donde mejor le pudiesen dañar y ofender, y quemar aquellas sus chozuelas, y que por cuanto ellos habían probado la fortuna á todas las horas del día, y no les sucedía nada á su propósito, ni á la fama y antigua gloria que de guerreros tenían, acordaban venir de noche, y quizá tendrían mejor ventura, y aun también porque no temiesen los suyos de noche y con la obscuridad á los caballos, ni las cuchilladas y estrago de los tiros de fuego, y que Xicohtencatl su capitán general estaba ya para tal efecto, con muchos millares de hombres detras de ciertos cerros en un valle frontero y cerca del Real. Como Cortés oyó la confesion de este, hizo luego tomar otros cuatro ó cinco cada uno aparte, y confesaron asimismo como ellos y todos los que en su compañía venían eran espías, y dijeron lo mismo que el primero casi por los mismos términos; y así por los dichos de estos los prendió á todos cincuenta, y allí les hizo cortar (30) á todos las manos, y enviólos á su ejército, ó amenazando que otro tanto haría á todos los espiones que tomase, y que dijese á quien los envió que de día y de noche, y cada cuando que viniesen, verían quien eran los españoles. Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos á sus espías, cosa nueva para ellos, y creían

[30] *No sé por qué principio podría cohonestar Cortés este procedimiento; valia mas que les hubiese decapitado que condenáolos á ser infelices toda su vida.*

que tenían los nuestros algun familiar que les decía lo que ellos tenían allá en su pensamiento, y así fueron todos cada uno por donde mejor pudo porque no les cortasen las suyas, y alejaron las vituallas que traían para la hueste, porque no se aprovesasen de ellas los adversarios.

CAPITULO 47.

De la embajada que Moteuhsoma envió á Cortés.

En yéndose las espías vieron de nuestro Real como atravesaba por un cerro grandísima muchedumbre de gente, y era la que traía Xicohtencatl, y como era ya casi noche determinó Cortés salir á ellos y no aguardar que llegasen, porque del primer ímpetu no pegasen fuego como tenían pensado á las chozas, que si lo hicieran, pudiera ser no escapase español alguno del fuego ó á manos de los enemigos; y aun también porque temiesen mas las heridas viéndolas, que sintiéndolas solamente; y así puso casi toda su gente en orden, y mandó que echasen á los caballos pretales de cascabeles, y se fué ácia donde había visto pasar á los enemigos; pero ellos no osaron esperarle con haber visto cortadas las manos de los suyos, y con el nuevo ruido de los cascabeles, los castellanos los siguieron dos horas de noche por entre muchas tierras sembradas de *Centli*, y mataron hartos en el alcance, volviéndose á su Real muy victoriosos. A esta sazón ya habían venido al Real seis señores mexicanos, personas muy principales, con mas de doscientos hombres de servicio á traer á Cortés un presente, en que había mas de mil ropas de algodón, algunas piezas de pluma, y mil castellanos de oro, y á decirle de parte de Moteuhsoma como él quería ser amigo sino del emperador y de sus compañeros, que viese cuanto quería de tributo cada un año en oro, plata, piedras, perlas ó esclavos, ropa y cosas de las que en sus reinos había, y que lo daría sin falta y pagaría siempre, y con tal de que aquellos que estaban allí con él no fuesen á México, y que esto era no tanto porque no entrasen en su tierra, cuanto porque era muy estéril y fragosa, y le pesaría que hombres tan valientes y honrados padeciesen trabajo y necesidad en su señorio, y que él no lo pudiese remediar. Cortés les agradeció su venida, y el ofrecimiento para el emperador y rey de Castilla, y por ruegos los detuvo que no se partiesen hasta ver el fin de aquella guerra, para que llevasen á México la nueva de la victoria y matanza que él y sus compañeros harían de aquellos mortales enemigos suyos, y de su señor Moteuhsoma. Luego tuvo Cortés unas calenturas por las cuales no salía á correr el campo, ni á hacer talas, quemas y otros daños á los enemigos; solamente proveía que guardasen su fuerte de algunos montones y tropeles de indios que llegaban á gritar y escara-

muzar, que era tan ordinario como las cerezas que cada día traian, escusándose siempre que los de Tlaxcàlan no les daban enojo, sino ciertos bellacos otomies que no querian hacer lo que les rogaban ellos; pero ni las escaramuzas ni la fuerza de los indios era tanta como al principio. Quiso Cortés purgarse con una masa de píldoras que sacó de Cuba: partió cinco pedazos y tragóselos de noche á la hora que se suelen tomar, y acaeció que luego el otro día antes que obrase, vinieron tres grandes escuadrones á dar en el Real, ó porque sabian como estaba malo, ó pensando que de miedo no habian osado salir aquellos días. Dijéronselo á Cortés, y él sin mirar que estaba purgado, cabalgó y salió con los suyos al encuentro, y peleó con enemigos todo el día hasta la tarde: retrájolos un grandísimo trecho y tornóse al Real, y al otro día purgó como si entonces tomara la purga: no lo cuento por milagro, (31) sino por decir lo que pasó, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, y siempre el primero que se hallaba á las puñadas con los enemigos, y no solamente era (que raro acontece) buen hombre por las manos, pero aun tenia gran consejo y discrecion en todas las cosas que hacia. Habiendo pues purgado y descansado aquellos días, velaba de noche el tiempo que le cabia como cualquier compañero y como siempre acostumbraba, y no era peor por eso ni menos amado de los que con él andaban, y así era muy respetado.

CAPITULO 48.

De como ganó Cortés á Tzimpancenco ciudad muy grande sujeta á Tlaxcàlan.

Subió Cortés una noche encima de la torre, y mirando á una parte y otra vió á cuatro leguas de allí junto á unos peñascos de la sierra, y entre un monte cantidad de humos, y creyó estar mucha gente por allí: no dió parte á nadie; mandó que le siguiesen doscientos españoles y algunos amigos indios, y los demas que guardasen el Real, y á tres ó cuatro horas de la noche, caminó ácia la sierra á tino, que hacia muy obscuro; no habia andado una legua, cuando dió de súbito en los caballos una manera de torzon, que los derribava en el suelo sin que se pudiesen menear; como cayó el primero y se lo dijiesen, respondió, pues vuélvase su dueño con él al Real; cayó luego otro y dijo lo mismo: como cayeron tres ó cuatro dijeron los compañeros que mirase era mala señal aquella, y que era mejor

[31] *Solis si lo tiene por tal ¡tales tragaderas tiene este escritor! un hombre reseco con las muchas insoladas, era natural que no tuviera el vientre en disposicion de que luego luego le obrasen los purgantes.*

que se volviesen ó esperar á que amaneciese para ver á donde y por donde iban, y el decirles que no reparasen en agüeros, que Dios en cuya causa trabajaban era sobre *natura*, (32): que no dejaría aquella jornada que le parecia que de ella se les habia de seguir mucho bien aquella noche, y que era el diablo que por estorbarlo ponía aquellos inconvenientes, y diciendo esto se cayó el suyo. Entonces hicieron alto y consultaron lo mejor, y fué que tornasen aquellos caballos caidos al Real, y que los demas se llevasen del diestro, y prosiguieron su camino; pero presto estuvieron buenos los caballos sin haber sabido por qué cayeron, (33) aunque dijeron los indios amigos que los naturales de aquellas partes eran grandes hechiceros, y que con sus embelecocos por el demonio hacian aquellas cosas, porque no acertasen á ir los españoles, aunque poco les aprovechó todo ello. Anduvieron pues hasta perder el tino de las peñas: dieron en unos pedregales y barrancos que apenas salieron de allí, al cabo de haber pasado mal rato con los caballos: erizados de miedo vieron una lumbrecilla, fueron á tienta ácia ella, y estaba en una casa donde hallaron dos mugeres, las cuales y otros dos hombres que acaso toparon, luego los guiaron y llevaron á las peñas donde habian visto los humos, y antes que amaneciese dieron en unos lugarejos como aldeas: mataron mucha gente, pero no los quemaron por no ser sentidos con el fuego, y por no detenerse, que les decian como estaban allí cerca grandes poblaciones; de allí entró luego en *Tzimpancenco* un lugar de veinte mil casas segun despues pareció por la visitacion que de ella hizo Cortés, y como estaban descuidados de cosa semejante y los tomaron de sobresalto y antes que se levantasen, salian en carnes por las calles á ver que era, haciendo grandes llantos; murieron muchos de ellos al principio, mas porque no hacian resistencia mandó Cortés que no los matasen, ni tomasen mugeres ni ropa ninguna: era tanto el miedo de los vecinos que huian á mas no poder, sin cuidar el padre del hijo, ni el marido de la muger, casa ni hacienda. (34) Hiciéronles señas de paz y que no huyesen, y dijéronles que no temiesen, y así cesó la huida y el mal que les hacian. Salido ya el sol y pacificado el pueblo, se puso Cortés en un alto á descubrir tierra, y vió una grandísima poblacion que preguntando cuya era, dijeron que *Tlaxcàlan* con sus aldeas: llamó entonces Cortés á los españoles, y dijoles, *ved, que hiciera al caso matar los de*

[32] *De estas mismas palabras y concepto usó Cortés en su relacion á Carlos V.*

[33] *Seria que los ventocarian algunos zorrillos, ó comerian cebolleja que allí abunda y les da torzon. Véase mi memoria sobre Tlaxcàlan.*

[34] *Repetióse la escena del año de 1811 en el pueblo de Calomacàn cerca de Toluca por las tropas reales.*

aquí, habiendo tantos enemigos allí, y con esto sin hacer otro daño en el pueblo, se salió fuera á una gentil fuente que estaba en medio de la plaza, y allí vieron á los mas principales que gobernaban el pueblo, y mas de otros cuatro mil sin armas y con mucha comida: rogaron á Cortés que no les hicieran mal, y que les agradecia el poco que les habia hecho, y que querian servirle, obedecerle, y ser sus amigos leales como lo fueron despues, y no solamente guardar de allí adelante su amistad, sino tambien que trabajarian con los de Tlaxcálan y con otros que hiciesen otro tanto: él les dijo como era cierto que ellos habian peleado con él muchas veces, aunque entonces le traian de comer; pero que les perdonaba y recibia en su amistad y al servicio del emperador, y con esto los dejó y se volvió á su Real muy alegre con tan buen suceso de tan mal principio como fué lo de los caballos, diciendo, *no digais mal del día hasta que sea pasado*, y llevando una cierta confianza que aquellos de Tzimpancinco harian con los de Tlaxcálan, que dejaran las armas y fuesen sus amigos; y por eso mandó que de allí en adelante nadie hiciese mal ni enojo á indio ninguno, y aun dijo á los suyos, que creia con ayuda de Dios que habian acabado aquel día la guerra de aquella provincia de Tzimpancinco.

CAPITULO 49.

El deseo que algunos españoles tenían de dejar la guerra que se comenzaba.

Quando Cortés llegó al Real tan alegre como dije, halló á sus compañeros algo despavoridos y tristes por lo de los caballos que les enviara, pensando no les hubiese acontecido algun desastre ó desgracia; pero como le vieron venir bueno y victorioso, no cabian de placer; bien sea verdad que muchos de la compañía andaban mustios y de mala gana, y deseaban volver á la costa como ya se lo habian rogado algunos muchas veces; pero mucho mas quisieran irse de allí, viendo tan gran tierra muy poblada y cuajada de gente, y toda con muchas armas y ánimo de no consentirlos en ella, y hallándose tan pocos muy dentro de ella en medio de la tierra y tan sin esperanza de socorro, ni de donde les viniera. Eran cosas ciertamente de grandísima pena para los españoles que temian ser perdidos de cualquier manera, y por eso platicaban algunos entre ellos mismos que seria bueno y necesario hablar al capitán Cortés y aun requerirselo, que no pasasen mas adelante con su propósito, sino que se tornase á la Veracruz, de donde poco á poco se tendria inteligencia con los indios, y harian segun el tiempo dijese, y entre tanto podria llamar y recoger mas españoles y caballos, que eran los que hacian la guerra. No cuidaba mucho Cortés de todo cuanto imaginaban ellos, aunque hu-

bo algunos que se lo decian para que proveyese y remediase aquello que pasaba, hasta que una noche saliendo de la torre donde posaba á requerir las velas y centinelas, oyó hablar recio en una de las chozas que al rededor estaban, y púsose á escuchar lo que hablaban, y era que ciertos compañeros decian, *si el capitán quiere ser loco é irse donde lo maten, váyase solo, que nosotros no le seguimos*: entonces llamó dos amigos suyos como por testigos, y díjoles que mirasen lo que hablaban aquellos, que quien lo osaba decir, lo sabria hacer; y asimismo oyó decir á otros por los corrales y corrillos, *que habia de ser lo de Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros á hacer salto, se habia quedado allí muerto con todos los que fueron con él, por eso que no le siguiesen, sino que volviesen con tiempo*. Mucho sentia Cortés oír estas cosas, y quisiera reprender y aun castigar á los que las trataban; pero viendo que no estaba en tiempo sino en peligro, acordó de llevarlos por bien, y hablóles á todos juntos en la forma siguiente. „Señores (35) y amigos: yo os escogí por mis compañeros, y vosotros á mí por vuestro capitán, y todo para servicio de Dios nuestro Señor y acrecentamiento de su santa fé católica, y para servir á nuestro buen rey y señor, y aun pensando en nuestro provecho. Y como habeis visto no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros á mí hasta aquí; pero ahora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos, y si á Dios place acabada es ya: á lo menos entendido hasta donde puede llegar el daño que nos puede hacer el bien que de ella conseguiremos, en parte lo habeis visto, aunque lo que tenéis de haber y ver, es sin comparacion mucho mas, y excede su grandeza á nuestro pensamiento y palabras. No temais mis compañeros de ir y estar conmigo; pues ni españoles temieron jamas la muerte en estas nuevas tierras ni en el mundo, que por su propia virtud, esfuerzo é industria han conquistado y descubierto; ni tal concepto de vosotros tengo, que querais desampararme y dejarme. Nunca Dios quiera que yo piense ni nadie diga que hay miedo en mis buenos y leales españoles, ni desobediencia á su capitán; no hay que volver la cara al enemigo, que no parezca huida y afrenta; no hay huida, ó si la queréis colorar *retirada* que no cause á quien la hace infinitos males, vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte que es lo peor aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos como algunos piensan y desean, ¿hemos de estar por ventura jugando ociosos y perdidos? no por cierto direis, que nuestra nacion española no es de esa condicion cuando hay guerra y va la honra; ¿pues á donde irá el buey que no are? ¿Pensáis quizá, que habeis de ha-

[35] Oracion de Cortés á sus soldados.

llar en otra parte menos gente, peor armada no tan lejos de mar? Yo os certifico compañeros que andais buscando *cinco pies al gato*, y que no vamos a parte ninguna, que no hallemos tres leguas de mal camino como dicen, peor mucho que éste que llevamos. Demos á Dios infinitas gracias, pues nunca desde que estamos en esta tierra nos ha faltado, ni faltará que comer, beber y salud, amigos, dineros y honra; pues ya veis que os tienen por mas que hombres en este pais y por inmortales, y aun por dioses como lo habeis visto si decir se puede; pues siendo tantos que ellos mismos no se pueden contar de la multitud que hay, y tan armados como vosotros decís, no han podido matar ni siquiera uno de nosotros; y en cuanto á las armas, ¿qué mayor bien quereis de ellas, que no traer yerbas ni ponzoña como usan los de Cartagena y Veragua, los caribes en las islas que hemos visto y otros, que han muerto muchos españoles rabiando con ella? Por solo esto no habiais de buscar otra tierra para guerrear: la mar está desviada, yo lo confieso, y así ningún español hasta nosotros se alejó tanto de ella en Indias como nosotros, que la dejamos atrás mas de cincuenta leguas; pero tampoco ninguno ha merecido tanto como vosotros. De aquí hasta aquella famosa ciudad de México, donde reside el gran emperador Moteuhsoma de quien tantas riquezas y embajadas habeis oído, ni hay mas de veinte leguas; ya está lo mas andado. Si llegamos como espero en Dios, no solo ganaremos para nuestro rey y emperador natural, rica tierra de mucho oro y plata, grandes reinos, infinitos vasallos; mas tambien para nosotros propios muchas riquezas, oro, plata, piedras, perlas y otros haberes, y sin esto la mayor honra y fama que hasta nuestros tiempos se ha visto, no digo nuestra nacion, mas ninguna otra ganó; porque cuanto mayor rey es éste tras que andamos, cuanta mas ancha tierra, cuantos mas enemigos, tanta es mas gloria nuestra, ¿y no habeis oído decir, que cuantos *mas moros mas ganancia*? Demas de todo esto, somos obligados á ensalzar y ensanchar nuestra santa fé católica como comenzamos, y como buenos y fieles cristianos ir desarraigando la idolatria, blasfemia tan grande de nuestro señor Dios, quitando los sacrificios y comida de carne humana de hombres contra natura, y tan usada entre estos indios, y no solamente esto, sino escusar tantos pecados que por su torpedad de ellos no los nombro, y así pues, no temais ni dudeis de la grande victoria que Dios por su gran misericordia nos favorecerá. Ya veis compañeros míos que lo mas está hecho; pues vencimos á los de Tabasco, y ahora ciento cincuenta mil el otro dia de aquellos de Tlaxcálan, que tienen fama desde sus antepasados, que son los mas valientes indios que en todas estas naciones hay, descarrilla leones, y vencereis tambien con ayuda de Dios y con vuestro esfuerzo los que de estos quedan mas, que ya no pueden ser muchos, y mas los que son de Culhúa que no son mejores, y así

¿qué desmayais? y si me seguís pues nos hasta ahora estamos en pie y con la ayuda de nuestros amigos y compañeros, será Dios servido de que venzamos *Amen*. (36) Todos quedaron contentos del razonamiento del buen capitán Corés, los que flaqueaban y se quejaban, se esforzaron y animaron muy de veras de que irían en demanda de su rey y señor, y que no le faltarian en su compañía, y así los esforzados cobraron doblado ánimo, y los que algo mal lo querían comenzaron á honrarlo, y en conclusion él fué de allí adelante mucho mas amado de todos aquellos españoles de su compañía. No fué poco necesario tantas palabras de aquella plática y consejo que les dió, porque segun algunos andaban muy obstinados de irse á la mar y se podían amotinar, que forzara perderse en este caso, y fuera inútil cuantos trabajos habían pasado hasta entonces y cuanto habían hecho; pero al fin quedaron muy amigados con su capitán y muy obedientes. (*)

CAPITULO 50.

De como vino el capitán Xicohtencatl por embajador de Tlaxcálan al Real de Cortés.

No se habían bien apartado de platicar de lo que arriba queda tratado, cuando entró por el Real Xicohtencatl, capitán general de aquella guerra, con cincuenta personas principales y honradas que le acompañaban; llegó delante de Cortés, y se saludaron muy cortesmente cada uno conforme á su usanza, y sentados le dijo como venia de su parte y de la de *Maxixca* que es un señor mas principal de toda aquella república, y de otros muchos que nombró como son Thehuexollótzin y Citlalpopócatzin, y en fin, por toda la provincia y república de Tlaxcálan á rogarle los admitiese á su amistad, y á darse á su rey y á que les perdonase por haber tomado armas y peleado contra él y sus compañeros, no sabiendo quien fuesen ni que buscaban en sus tierras, y que si habían defendido la entrada, era como estrangeros y hombres de otra nacion muy

[36] *Hé aquí un razonamiento propio de un soldado que habla á hombres ignorantes y venales, y los excita por el gran resorte del interés y codicia que los devoraba. El usa sus refranes vulgares para darse á entender con sencillez. ¿Cuanto dista esta alocucion de los arengones y trozos pedantescos de Solís!... Aquello de... Alto pues!... Dios sobre todo y la razon á las manos no puede leerse sin hastío.*

[*] *Nota. En la del capítulo 45 página 81 se puso equivocadamente 31 de septiembre de 1519, léase 31 de agosto; equivoco fácil de entender, así por el contexto, como porque septiembre siempre tiene 30 días.*

diferente de la suya, y tal que jamas vieron su igual, y temiendo no fuesen de Moteuhsoma antiguo y perpetuo enemigo suyo, pues venian con él sus criados y vasallos, ó fuesen personas que quisiesen enojarlos y usurparles la libertad que de tiempo inmemorial tenian y guardaban; y que por conservarla como habian hecho todos sus antepasados, tenian derramada mucha saagre, perdida mucha gente y hacienda, y padecido muchos males y desventuras, en especial desnudéz; porque como aquella su tierra es fria y no llevaba algodón, les era forzoso andarse como nacieron, ó vestirse de maguey ó metl, y asimismo no comian *sal*, cosa sin la cual ningun manjar tiene gusto ni buen sabor como allí no se hacia, y que de estas dos cosas *sal* y algodón tan necesarias á la vida humana, carecian y las tenia Moteuhsoma y otros enemigos suyos de que estaban cercados, y como no alcanzaban oro, piedras, ni las otras cosas preciadas á que trocarles, tenian necesidad muchas veces de venderse para comprarlas, las cuales faltas no tendrian si quisiesen ser sujetos y vasallos del gran Moteuhsoma; pero que antes moririan todos que cometer tal deshonor y maldad, pues eran tan buenos para defenderse de su poderio, como habian sido sus padres y abuelos, defendiéndose del suyo y de su abuelo, que fueron tan grandes señores como él, y los que sojuzgaron y tiranizaron toda la tierra; y que tambien ahora quisieran defenderse de los españoles, mas que no podian aunque habian probado y echado todas sus fuerzas y gente asi de noche como de dia, y hallábanlos fuertes é invencibles, y ninguna dicha contra ellos: por tanto, pues que su suerte era tal, querian antes estar sujetos á ellos que á otro ninguno; porque segun les decian los de Zempóalan, eran buenos, poderosos y no venian á hacer mal, y segun ellos habian conocido en la guerra y batallas, eran valientísimos y venturosos: por las cuales dos razones confiaban de ellos, que su libertad seria menos quebrada, sus personas y mugeres mas miradas, y no destruidas sus casas y labranzas; y si alguno los quisiese ofender defendidos. Al cabo le rogó mucho y aun con los ojos arrasados, que mirase como nunca Tlaxcalan *conoció rey, ni tuvo señor ni entró hombre nacido en ella á mandar sino* (37) él que le llamaban y rogaban. No se podrá explicar cuanto se holgó Cortés con tal embajador y embajada, porque demas de tanta honra como venir á su tienda tan gran capitán y señor á humillarse, era grandísimo negocio para su demanda tener amiga y sujeta aquella ciudad y provincia, y haber acabado la guerra con mucho contento de los suyos y con gran fama y reputacion para con los indios; y á í

[37] *Este es el lenguaje de unos hombres acostumbrados á ser libres y dignos apreciadores de este bien inefable; mas por desgracia suya este fué un paso que los precipitó en la esclavitud de que huian.*

le respondió alegre y graciosamente, aunque cargándole la culpa del daño que habia recibido su tierra y ejército, por no quererlo escuchar ni dejar entrar en paz, como se lo rogaba y requería con los mensajeros de Zempoalan que les envió de Zactlan ó Xocólla; pero que él les perdonaba dos caballos que le mataron: el salteo que hicieron: las mentiras que le dijeron peleando ellos y echando la culpa á otros: el haberle llamado á su pueblo para meterle en el camino sobre seguro y en celada, y no desafiándole primero como valientes hombres que eran. Recibió el ofrecimiento que le hizo al servicio y sujecion del emperador, y despidióle conque presto seria con él en Tlaxcalan, y que no iba luego por amor de aquellos criados de Moteuhsoma.

CAPITULO 51.

Del recibimiento y servicio que hicieron en la gran ciudad de Tlaxcalan á los españoles.

Mucho pesó á los embajadores mexicanos la venida del capitán Xicohténcatl al Real de los españoles, y el ofrecimiento que hizo á Cortés para su rey de las personas, pueblo y hacienda; dijeronle que no creyese nada de aquello ni se fiase de palabras, que todo era fingido, mentira y traicion para cojerlo en la ciudad á puerta cerrada y á su salvo. Cortés les decia que aunque todo fuese verdad determinaba ir allá, porque menos los temia en poblado que en el campo. Ellos como vieron esta respuesta y determinacion, rogáronle que diese licencia á uno de ellos para ir á México á decir á Moteuhsoma lo que pasaba, y la respuesta de su principal recado, que dentro de seis dias tornaria sin falta ninguna, y que hasta tanto no se partiese del Real: él se la dió y esperó allí á ver que traeria de nuevo, y á la verdad porque no se atrevia á fiar de aquellos sin mayor certidumbre. En este medio tiempo iban y venian al Real muchos de Tlaxcalan, unos con gallinabos, otros con pan, cual con cerezas, cual con axi, (que es *chile*, y tamales que son los bollos de pan,) y todo lo daban de valde y con alegre semblante, rogándole que se fuese con ellos á sus casas; vino pues el mexicano como prometió al sexto dia, y trajo á Cortés un presente de diez piezas de oro, joyas muy bien labradas y ricas, y miel: quinientas ropas de algodón hechas á mil maravillas y muy mejor labradas que las otras mil primeras, y rogóle sumamente de parte de Moteuhsoma que no se pusiese en aquel camino y peligro, confiándose de aquellos de Tlaxcalan que eran pobres, y le robarian lo que él le habia dado, y le matarian por solo saber que trataba con él. Vinieron asimismo todas las cabeceras y señores de Tlaxcalan, á rogarle les hiciese mucho placer de irse con ellos á la ciudad, donde seria bien servido, proveido y aposentado, que era ver-

guenza suya que tales personas estuviesen en tan ruines chozas, y que si no se fiaba de ellos, que viese otra cualquiera seguridad ó rehènes que se le darian; pero que le prometian y juraban que podia ir y estar segurísimamente en su pueblo, porque no quebrantarian su juramento ni faltarian la fé de la república, ni la palabra de tantos señores y capitanes por todo el mundo; y así viendo Cortés tan buena voluntad en aquellos caballeros y buenos amigos, y que los de Zempóalan de quienes tenia muy buen crédito, le importunaban y aseguraban que fuese, hizo cargar su fardaje á los tamemes y llevar la artillería, y partióse para Tlaxcálan que estaba á seis leguas, con tanta órden y concierto como para una batalla. Dejó en la torre y real donde habia vencido, cruces y mojones de piedra. Salió tanta gente á recibirle al camino y por las calles que no cabian de pies. Entró en Tlaxcálan á 18 de septiembre de dicho año; aposentóse en el templo mayor que tenia muchos y buenos aposentos para todos los españoles, y puso en otros á los indios amigos que iban con él: puso tambien ciertos limites y señales hasta donde saliesen los de su ejército, y que no pasasen de allí bajo graves penas, y mandó que no tomasen sino lo que les diesen, lo cual cumplieron muy bien, pues aun para ir á un arroyo tiro de piedra le pedian licencia, y así se holgaron con mil placeres que les hacian aquellos señores y mucha cortesía á Cortés, y les proveian de cuanto habian menester para su comida, y muchos les dieron sus hijas en señal de verdadera amistad, y porque naciesen españoles hombres esforzados de tan valientes varones, y les quedase casta para la guerra, ó quizá se las daban por ser así su costumbre ó por complacerlos. Parecióles bien á los españoles aquel lugar y la conversacion de la gente, y se holgaron allí veinte dias en los cuales procuraron saber bien de la tierra y particularidades de la república y secretos de ella, y tomaron la mejor informacion y noticia que pudieron del hecho de Moteuhsoma.

CAPITULO 52.

En que se cuenta y describe Tlaxcálan, y el modo de su vivienda, y gobierno. (38)

Tlaxcálan quiere decir *pan cocido*, ó casa de pan: porque se coge allí mas centli que por los alrededores de la ciudad se nombra la provincia ó al revés. Dicen que primero se llamó *Tlaxcálan*, que quiere decir casa ó lugar de barranco,

[38] Remito al lector á la Memoria de Tlaxcálan que acabo de publicar, en la que he redactado todo cuanto pueda dar idea del origen y gobierno de aquella célebre república. Los españoles entraron en Tlaxcálan segun Clavijero á 23 de septiembre de 1519.

es grandísimo pueblo: está á orillas de un rio que nace en los montes de *Atlancatepec*, y que riega mucha parte de aquella provincia, y despues entra en el mar del sur por Zacatullan: tiene cuatro barrios que llaman *Tepeticpac*, *Ocotelulco*, *Tizatlán* y *Quiyahuitlán*. El primero está en un cerro alto y lejos del rio mas de media legua, y porque está en sierra se dice *Tepeticpac* que quiere decir *cerro el alto*, donde tiene sus casas *Tlehuexolotzin*, el cual fué la primera poblacion que allí hubo en un tiempo, y en alto á causa de las guerras que tuvieron con los pueblos comarcanos; pero no está bien poblado: el otro segundo barrio está á la ladera del rio abajo hasta el rio, y porque allí habia pinos cuando se pobló, la llamaron *Ocotelulco* que es decir pinar: era la mejor y mas poblada parte de la ciudad en donde estaba la plaza mayor, en que hacian su mercado los naturales que ellos llaman *Tianquiztli* ó *Tianguis*, y aqui es donde tiene sus palacios y casas *Maxixcatzin*, y el rio arriba en lo llano estaba otra poblacion que dicen *Tizatlán* por haber allí mucho yeso, en la cual tenia su palacio y residia *Xicoténcatl* que era gran capitán general de la república; el cuarto barrio está tambien en lo llano mas al rio abajo, que por ser agua sal se dijo *Quiyahuitlán*, en el cual residia *Citlalpopocatzin*. Despues que los españoles la tienen, se despobló de los naturales casi toda y se pobló á la moda española, con mejores caserías y calles bien proporcionadas en lo llano junto al rio con dos plazas. Era república como Venecia que gobiernan los nobles y ricos, y en estos tiempos se labra mucha cochimilla que los naturales llaman *Nochiztli*, de que se da gran porcion: llámase grana y enriquecen con ella los indios; no quieren que los mande solo un señor que huyen de ello como de tiranía. En la guerra hay segun arriba dije cuatro capitanes ó coroneles, uno por cada barrio, de los cuales sacan el general: otros señores hay que tambien son capitanes, pero de menos suposicion. En la guerra usan sus emboscadas y el pendon que traen vá tras del ejército, y acabada la batalla ó alcance, hincanle en el suelo donde todos lo vean, y al que no le acata lo penan. Tienen dos saetas como reliquias de los primeros fundadores, que llevan á la guerra dos señores los mas principales del pueblo, como capitanes, valientes soldados, en las cuales aseguran la victoria ó la pérdida, que tiran una de ellas á los enemigos que primero topan, y si mata ó hiere es señal que vencerán, y si no que perderán, y así lo decian ellos y por ninguna manera dejan de cobrarla. Tiene esta provincia veinte y ocho lugares sujetos, en que hay ciento cincuenta mil hombres vasallos de Tlaxcálan. Son bien dispuestos, muy guerreros que no tienen paz; son pobres porque no tienen otra riqueza ni grangería que el maiz, que es su pan, bien que en estos tiempos que produce la cochimilla de que saben aprovecharse, y ademas de lo que saquen para comer tienen para vestir y pagar los tributos, y pa-